

ACTO SEGUNDO

Gabinete elegante y moderno en casa de don VIRGILIO Canet. Buen gusto y confort. Pasadizo al foro y puertas laterales.

En escena, don VIRGILIO, con ropa de casa y dando visibles muestras de desmejoramiento físico, acomodado en un butacón, lee un periódico. Pausa. Al momento, por primera derecha, AMPARO y NARCISO.

NARCISO. No te preocupes, mamá...

AMPARO. ¡Sería lamentable!... ¡Qué horror!

NARCISO. Todavía tengo un reemplazo por delante. No me llamarán.

AMPARO. (A VIRGILIO.) ¿Qué te parece si llaman a tu hijo a filas?

VIRGILIO. ¿Qué me va a parecer?... Que debe cumplir su obligación... Otros van y no se quejan...

AMPARO. ¡No quiero ni pensarlo!

NARCISO. Haces bien. Yo ahora a divertirme, por si acaso.

AMPARO. Sí, hijo sí... Todo lo que puedas...

VIRGILIO. No hace falta que lo animes... ¡Se está divirtiendo desde que nació!

NARCISO. Y un poquito más, ¿qué importa?

VIRGILIO. Tienes razón.

NARCISO. (Inicia mutis.) Hasta luego. Voy a Wodka y así recojo a las niñas.

AMPARO. Allí deben estar. Se citaron con Loto y con Asdrúbal.

NARCISO. ¿El idiota de Asdrúbal?... ¡Mira que estar disgustado porque en el reconocimiento le declararon inútil!

VIRGILIO. ¿Y le llamas idiota?... ¡Siempre será más digno que el ilustre Berniza!

AMPARO. (A NARCISO.) Allí estará también.

VIRGILIO. Ese pesimista sabio me está resultando tonto de remate.

AMPARO. Tamiza, Virgilio... Tamiza tus opiniones.

NARCISO. No hagas caso, mamá. Hasta ahora. (Besa a su madre.)

AMPARO. Volved pronto.

NARCISO. Merendar si nos dejan, y volvemos en seguida.

Sale, último término derecha.

VIRGILIO. ¡Qué atento es nuestro hijo!... ¡Se marcha sin darme un beso!

AMPARO. No tiene importancia; pero, claro... Como tus sobrinas te besuquean a todas horas...

VIRGILIO. No mezcles a mis sobrinas en esta cuestión.

AMPARO. Las mezclo por tu culpa. Nunca te quejaste de si tus hijos te besaban más o menos.

- ¡Bien pago mi debilidad en acceder a tu capricho!
- VIRGILIO. ¿Por qué?
- AMPARO. Medio mes están aquí... y esta casa es un infierno.
- VIRGILIO. Nunca ha sido un paraíso.
- AMPARO. ¿Y te das cuenta ahora?... A lo mejor te han aleccionado ellas... ¡Como son tan listas!... Por más que esa listeza para poco les sirve. Elena, la romántica, sólo sabe aporrear el piano y cantar tonterías. ¡Y si es la pequeña!... ¡Ay, la pequeña!... ¡Esa es una calamidad absoluta!... ¡Tiene las manos de trapo!... ¡Trece platos con sus trece tazones ha roto en quince días!
- VIRGILIO. (Aterrado.) ¿Trece?
- AMPARO. ¡Trece, Virgilio!
- VIRGILIO. ¡Oh!... ¡Eso no se puede tolerar!...
- AMPARO. Claro que no.
- VIRGILIO. (Enérgico.) ¡Hay que decirle que rompa otro plato y otro tazón inmediatamente!
- AMPARO. ¿Eh?
- VIRGILIO. El trece es de mal agüero. ¡No me gusta, Amparo! (Entra FLORENTINA por primera izquierda con un servicio de chocolate. A tiempo de entrar da un traspiés y ruedan por el suelo ella y el servicio.) ¡Niña!
- AMPARO. (Por el tazón roto.) ¡Y van catorce, Virgilio!... ¡Te acertó el gusto!
- VIRGILIO. (Ayudándole a levantarse.) ¿Te has hecho daño, nena?
- FLORENTINA. (Doliéndose de una pierna.) ¡Ay, títo! Creo que me he roto algo.
- AMPARO. ¿Algo?... Todo menos la bandeja y la cuchara.
- FLORENTINA. Y la servilleta.
- AMPARO. ¡Otro plato y otro tazón perdidos!
- FLORENTINA. ¡No exagere usted, tía!... Del tazón y el plato no se ha perdido más que la hechura.
- VIRGILIO. Vamos a ver qué te has hecho... Siéntate aquí.
La sienta en un sillón.
- FLORENTINA. ¡Cómo me duele la rodilla!
- VIRGILIO. No es nada, tontina.
- FLORENTINA. ¡Ay!... ¡Ay!...
- AMPARO. ¡Sí que eres delicada!... ¡Lo que es entre la bella romántica y la ilustre rompeplatos estamos de primera!...
Sale, iracunda, por segunda derecha.
- FLORENTINA. ¡Ay!... (Cuando ya no la puede oír AMPARO.) ¡Ay, qué ganas tenía de que se fuera!
- VIRGILIO. Pero, ¿te duele o no?...
- FLORENTINA. ¿A mí que me va a doler?... ¡Si soy de goma!... ¡Mira como salto!
De un brinco se abraza a su cuello.
- VIRGILIO. (Protestando cómicamente.) ¡Que me tiras, nena!... ¡Suelta, diablo!...
- FLORENTINA. (Obedeciendo.) ¡Pobrecito!... ¡No me acordaba que estás enfermo... Y te dejé sin

- merienda. Mientras te preparo otra, aliméntate con esto. (*Le da unos besos.*) ¡Ja, ja, ja!... (*Transición. Muy trágica.*) Oye, no te morirás, ¿verdad?
- VIRGILIO. ¿Tan malo estoy?... Lo mío es un ligero resfriado... ¿Por qué lo dices?
- FLORENTINA. Porque me veo en el autocar otra vez. Y, si no, también... No creas... Estoy muy harta...
- VIRGILIO. Menos mal... Todos no pueden decirlo. Hartarse ahora.
- FLORENTINA. Me refiero a tu mujer y a tu hija.
- VIRGILIO. ¡Ah!... Ya.
- FLORENTINA. De no ser por ti, nada me retendría en esta casa. Tonina goza con humillar a mi hermana... ¡Me da una rabia!... (*Transición, tomando una foto de TONINA, que estará en sitio visible.*) Y eso que, la condenada, es guapilla. Se parece a ti. Mírala... Y es fotogénica, ¿eh?
- VIRGILIO. Ellas son buenas y os quieren.
- FLORENTINA. Como Herodes quería a los peques. ¡Para rebanarles el pescuezo!
- VIRGILIO. ¡Cállate, exagerada!
- FLORENTINA. Claro que tienen su fundamento. Nosotras no somos aquí más que un estorbo.
- VIRGILIO. Un estorbo muy alegre. A mí me hacéis feliz.
- FLORENTINA. ¿De veras, padrino?... ¿Aunque te planche mal los pantalones?
- VIRGILIO. Me los quité. Te darías cuenta de que me hiciste tres rayas en cada pierna.
- FLORENTINA. Porque me temblaba el pulso. Era la primera vez... Ya aprenderé. (*Transición.*) En cambio, como enfermera... ¿de qué te puedes quejar?
- VIRGILIO. De casi nada. De que la receta ordena el jarabe cada hora y me lo das cada media.
- FLORENTINA. Para que te pongas bueno más pronto.
- VIRGILIO. ¡Ja!... ¡Ja!... ¡Ja!...
Por primera derecha MARIÍNA, doméstica de la casa. Habla con grato acento asturiano y respira bondad y simpatía su figura.)
- MARIÍNA. Aquí está la medicina del señorín... Mucho costóme encontrarla. Pero di con ella... Hubiéralo sentido no traerla, siendo para el enfermín.
- VIRGILIO. Gracias, Mariína.
- MARIÍNA. Tenga usted, señorita.
- FLORENTINA. (*Tomándole el frasco.*) Te he dicho trescientas mil veces que no me llames señorita y que me tutees.
- MARIÍNA. Dame reparo.
- FLORENTINA. Lo que te voy a dar es leña, como vuelvas a insultarme. ¡Señorita!... ¡Eso pasó a la historia!... En esta casa soy como tú: ¡una criada!...
- VIRGILIO. Para mí, eres mi sobrina.
- FLORENTINA. Para ti, sí. Para los demás, prefiero ser lo que soy: ¡tu compañera, Mariína!... ¡Tu amiga!... ¡Casi tu hermana!
- MARIÍNA. (*A don VIRGILIO, por FLORENTINA.*) ¡Non vi muyer más buena!... ¡Es tan tierna!... ¡Tan dulciña!

- FLORENTINA. *(Que le da una cucharada del medicamento a don VIRGILIO.)* Vamos, que te resulto un merengue.
- MARIÍNA. *(A VIRGILIO.)* ¿Y sabe el señorín que es una gran maestra?
- FLORENTINA. De párvulos.
- MARIÍNA. Al Tadeo y a mí danos «lección» cada día. Ya casi me delecto... Y voy haciendo palotes...
- VIRGILIO. Aprende, Mariína... Aprende pronto para escribir a tus padres.
- MARIÍNA. ¡Qué sé yo!... ¡Pobrínes míos!... Ha tiempo que non sé de ellos!... ¡Quedáronse tan lejos!... En Pola de Laviana... Allá en Asturias... ¡Qué sé yo!
- VIRGILIO. No te entristezcas, muchacha.
- FLORENTINA. Haz como yo... Rompe platos y tazones. ¡Esos no se quejan!
- MARIÍNA. *(Reparando en los tiestos que le indica FLORENTINA.)* ¡Oh!... ¿Rompístelo?... ¡Válgame la caridad!... ¡Cójolo corriendo para que no lo vea doña Amparo!...
Apresuradamente recoge los tiestos.
- VIRGILIO. Lo sabe ya, Mariína.
- FLORENTINA. No te asustes, compañera. ¡Qué más da!
- MARIÍNA. Cáusame respeto la señora. Es muy seria.
- FLORENTINA. Más serios son los elefantes... ¡Y se mueren!
- VIRGILIO. De debilidad, como yo. Ya no te acuerdas de mí.
- FLORENTINA. Tiene razón su excelencia. *(A MARIÍNA.)* Vamos a prepararle otro chocolate al señorito. *(A don VIRGILIO.)* ¿Te doy la cucharada?
- VIRGILIO. ¿Otra? Me la acabas de dar.
- FLORENTINA. Sí, señor. No me acordaba.
- MARIÍNA. Tiene gracia la señorita.
- FLORENTINA. *(Muy seria, a MARIÍNA.)* ¿Otra vez? ¡A mí, de tú, por tú y compañera!... ¿Entendido?
- MARIÍNA. Como usted... Digo, como tú quieras.
- FLORENTINA. ¡Un abrazo y rubricao! *(Se abrazan. Con una reverencia.)* ¡El señor será servido!... ¡Ja!... ¡Ja!... ¡Ja!... *(Hace mutis primera izquierda MARIÍNA y cuando iba a hacerlo FLORENTINA, retrocede para decirle a su tío.)* Y, aunque la propina denigra... *(Ofreciéndole una mejilla.)* ¡Propinéame! *(VIRGILIO le da un beso.)* ¡Tacaño!... *(Y ella le da cuatro o cinco. Cerca del mutis, dice con olímpico desprecio.)* ¡El Trabajo ha vencido al Capital!
Se refiere a ella y a su tío. Mutis solemne por primera izquierda. Queda VIRGILIO ensimismado viéndola salir. Toma después la fotografía de su hija, la contempla con ternura, titubea entre besarla o no y, por fin, enjugándose una lágrima, besa el retrato y lo deja cuidadosamente en su sitio. Se acomoda en el sillón.
A poco entran por último término derecha AMPARO y don MAURICIO.
- AMPARO. Pase, Mauricio, pase. Aquí tiene a Virgilio. Está mucho mejor.
- MAURICIO. Vamos, hombre. ¿Qué ha sido?
- VIRGILIO. Un achuchón de invierno. Poca cosa.

- MAURICIO. Y tú, que te acobardas en seguida. Hay que ser fuertes. Ya me ves.
- VIRGILIO. Tienes mucho espíritu.
- MAURICIO. Tengo el mío y el tuyo. Te lo ofrezco.
- VIRGILIO. ¿Cómo va el almacén?... ¿Y la gente?
- MAURICIO. Bien, todos. Cuando acaben, vendrán. Aquello va casi solo. Se despacha demasiado y no interesa vender.
- AMPARO. Tiene usted una visión precisa del momento.
- MAURICIO. Hoy sólo interesa almacenar. Por mi gusto cerraría las puertas una buena temporada.
- AMPARO. Háganlo ustedes.
- VIRGILIO. ¡Qué locura! Eso no se debe hacer. No está permitido.
- MAURICIO. Hacer lo que nos permiten es un recurso vulgar. Se inventan defunciones. Cualquier truco... Cerrar, cerrar con el menor pretexto.
- AMPARO. No se esfuerce usted, Mauricio. Mi esposo se conforma con ser un comerciante honrado y rico.
- VIRGILIO. Ya es bastante.
- AMPARO. Para los timoratos como tú, claro... No me quiero disgustar... Voy a ver la servidumbre en qué está perdiendo el tiempo.
- Hace mutis primera izquierda.*
- MAURICIO. *(Después de cerciorarse de que nadie les escucha dice, con aire de misterio.)* Así no podemos continuar, Virgilio. Necesito tu ayuda. No me fío de nadie. Tengo cuatro cajas en el almacén, a las cuales hay que darles salida en el momento oportuno.
- VIRGILIO. *(Contrariado.)* Has hecho muy mal, Mauricio: no tienes derecho a comprometer mi nombre, conseguido a fuerza de trabajo y honradez.
- MAURICIO. Escrúpulos imbéciles.
- VIRGILIO. Como quieras, pero saca del almacén esas cajas.
- MAURICIO. Me canso de repetirte que la suerte solamente se cruza una vez en el camino de nuestra vida.
- VIRGILIO. No me gusta buscarla en un camino tortuoso. Espero la mía en casa y con la frente muy alta.
- MAURICIO. *(Después de una pausa.)* ¡Eres idiota!
- VIRGILIO. Si el no querer enriquecerme con el hambre del pueblo es ser idiota, tienes razón. ¡Soy idiota! Pero ya te dije que no sirvo para ningún negocio peligroso. *(Pequeña pausa.)* Y vuelvo a suplicarte que saques cuanto antes esas cajas del almacén. ¡Nos comprometes a todos!
- MAURICIO. Ya saldrán a su debido tiempo.
- VIRGILIO. Hoy mismo. ¡Ahora!... ¡Inmediatamente! ¡No me obligues a hacer lo que no debo!
- MAURICIO. ¿Eh?... ¿Qué quieres decir? *(Imperativo.)* Habla.
- Pausa.*
- VIRGILIO. *(Dominado por el gesto agresivo de don MAURICIO.)* ¡Nada!... No he querido decir nada.

- MAURICIO. Adivino lo que pasó por tu imaginación. Pero, ¡bah!... Estoy tranquilo. ¡Ni para denunciarme tienes valor! ¡Mi suerte sería la tuya!...
- Entra FLORENTINA por primera izquierda.*
- FLORENTINA. ¡Padrino!... Buenas tardes, don Mauricio.
- MAURICIO. *(Disimulando.)* Buenas, pequeña. ¿Cómo vas en tu trabajo?
- FLORENTINA. ¡Soy un hacha!... Peleando con una vajilla que tiene electricidad. ¡Hay que ver cómo salta de mis manos!... Me van a subvencionar los fabricantes de loza.
- MAURICIO. ¿Rompes mucha?
- FLORENTINA. Regular, regular.
- MAURICIO. No te apures. Tu tío es rico y gana mucho dinero. ¡Y el que ganará!
- FLORENTINA. Bien lo merece. *(Transición.)* Anda, títo, ven a tomar la merienda en el comedor. Me da un poquitín de miedo traer otro tazón de los que saltan solos.
- VIRGILIO. Gracias, nena. No quiero tomar nada.
- FLORENTINA. ¿Te encuentras peor? No me asustes.
- VIRGILIO. Se me pasó el apetito.
- FLORENTINA. Pero, hombre, si es un poco de chocolate... ¡Si eso se lo toma un loro!
- VIRGILIO. Ve, Florentina. Ya voy.
- FLORENTINA. ¡Oh!... ¡No me fío!... Ha de ser delante de mí. *(A don MAURICIO.)* Ayúdeme a convencerle. Mi tío es muy desobediente... Al único que hace caso es a usted. ¡Mándeselo, acaparador!
- VIRGILIO. ¡Niña!...
- FLORENTINA. ¿He dicho alguna tontería? ... ¡Si tiene acaparada tu voluntad!
- MAURICIO. Obedécela, Virgilio. Yo aquí espero. *(Conciliador.)* Y no tomes tan a pecho las cosas. Nada tiene importancia en estos tiempos.
- FLORENTINA. *(Viendo que don VIRGILIO se dispone a obedecer a don MAURICIO.)* ¡Gracias, don Mauricio!... ¡Ya sabía yo que diciéndolo usted haría caso!... Le estoy muy agradecida... Se lo pagaré con sonrisas...
- Por primera izquierda AMPARO. Al ver que se disponen a salir VIRGILIO y FLORENTINA, que le ofrece el brazo a su tío, dice con desagrado.*
- AMPARO. Pero... ¿dejáis solo a don Mauricio? ¡Qué desatención!
- MAURICIO. Es lo mismo. No necesito cumplidos.
- VIRGILIO. Pasa, si quieres.
- MAURICIO. No; ahora, no. Quizá te convenga reflexionar un poco a solas. Ya entraremos después.
- VIRGILIO. *(Haciendo mutis con FLORENTINA, a MAURICIO.)* Con tu permiso.
- FLORENTINA. El chocolate es cosa mía... Si lo quieren probar... ¡Está que arde!
- MAURICIO. Muchas gracias, pequeña
- Mutis de VIRGILIO y FLORENTINA, por izquierda.*
- AMPARO. ¡Me puede la niña!

Pausa breve.

MAURICIO. Estuve hablando con Virgilio del asunto.

AMPARO. ¿Y qué?

MAURICIO. Imposible. Antepone su nombre y su honradez a todo intento.

AMPARO. Es de una timidez que me subleva.

MAURICIO. No piensa que la excesiva honradez es un falso prejuicio.

AMPARO. ¡Usted es un espíritu de lucha!... ¡Como yo hubiera deseado que fuese mi marido!...
¡Sería dichosa!

MAURICIO. *(Con intención que demuestra un acoso constante.)* ¡También lo sería yo, de haber encontrado una mujer como usted!

AMPARO. ¡Mauricio!... ¡Por favor!... Desista de una vez.

MAURICIO. Estoy acostumbrado a no ceder. Únicamente en usted se hace fuerte mi fracaso.

AMPARO. No le niego mi admiración por su audacia y mi gratitud por sus actos. ¡Si no fuera por usted en estos momentos!...

MAURICIO. No merece la pena...

AMPARO. Gracias a usted no se carece de nada en esta casa. *(Transición.)* De no ser mi marido como es, quién sabe...

MAURICIO. Virgilio no merece una traición. Es cierto. Pero... ¿cómo voy a resignarme sin usted, si son tantos los años que la deseo en silencio?...

AMPARO. Calle, Mauricio.

MAURICIO. ¿Es usted feliz con él?... ¡La verdad!

AMPARO. ¿Yo?... ¡Es tan tímido!... ¡Y tan árido!...

MAURICIO. ¡La verdad!

AMPARO. *(Después de una ligera pausa.)* ¡No!

MAURICIO. Entonces...

AMPARO. *(Luego de una vacilación.)* Déjeme, Mauricio... Mataríamos al pobre Virgilio.

MAURICIO. *(Sabiendo el dolor que pueden causar sus palabras.)* A él... le quedan sus sobrinas... A lo mejor le hacíamos un gran bien... ¡Tal vez lo desea!

AMPARO, ¡Quizá!

MAURICIO. Decídase. Será mi gran ilusión... ¡Y también la suya!... Hable... Diga.

AMPARO. *(Dominando su mismo deseo.)* ¡Mauricio!...

MAURICIO ha tomado apasionadamente la mano de doña AMPARO, y en esta actitud son sorprendidos por FLORENTINA, que entra por segundo izquierda.

FLORENTINA. ¡Tía!... *(Al verles, finge dolor en la pierna.)* ¡Huy!...

AMPARO. *(Disimulando.)* ¿Qué te ocurre? *(Molesta, a FLORENTINA.)* ¡Eres muy inoportuna!

FLORENTINA. ¡Qué golpe!... *(Quejándose de la rodilla.)* ¡Cómo me duele el porrazo!...

AMPARO. ¿Todavía?... ¡Eres una atolondrada! *(Transición.)* Y otra vez, pide permiso para entrar. Hay una visita...

FLORENTINA. ¿Don Mauricio una visita?... ¡Amos anda!... ¡Si aquí es el amo!...

- MAURICIO. (*Molesto.*) ¿El amo?... No sé por qué.
- FLORENTINA. Ni yo. Pero... ¡qué más da! Figuraciones...
- AMPARO. ¡Te figuras demasiado! (*Seca.*) ¿Qué te ocurre?
- FLORENTINA. El tío...
- AMPARO. (*Cortando, en tono de corrección.*) ¿Don Virgilio?
- FLORENTINA. Sí... Don Virgilio dice que pasen al comedor. Se está allí más abrigado...
- AMPARO. ¿Quiere usted, don Mauricio?...
- MAURICIO. ¿Cómo no?... Siempre a sus órdenes. (*Le cede el paso a doña AMPARO, quien desaparece por segunda izquierda, y le dice a FLORENTINA.*) ¡Eres muy lista, peque!... ¡Te conozco!
- FLORENTINA. (*Ingenuamente.*) ¡Y yo a usted también!... ¡De lejos!
- MAURICIO. Ya hablaremos algún día...
- FLORENTINA. Cuando quiera; pero avíseme con tiempo, porque estoy muy ocupada. Hago prácticas de escoba.
- MAURICIO. (*Barbilleándola, a tiempo que hace mutis, segunda izquierda.*) ¡Qué chatilla más graciosa!...
- FLORENTINA. (*Viéndole hacer mutis.*) Este señor es un «hueso»!... ¿Será el tío de Landrú?... ¡Va bien conmigo!
- Por último término derecha, ESTEBAN, TADEO y CAMPILLO.*
- ESTEBAN. Buenas, Florentina...
- FLORENTINA. ¡Mis respetos al trío del entredós!
- TADEO. (*Por FLORENTINA.*) ¡Viva el Magisterio Cívico!
- CAMPILLO. (*Por la misma.*) ¡Salud a la evacuación honrada!
- ESTEBAN. ¿Sigue mejor don Virgilio?
- FLORENTINA. Esta casi bien.
- TADEO. (*Por FLORENTINA.*) ¡Con una enfermera así resisto tres pulmonías triples!
- FLORENTINA. ¡Cómo se explica el alumno!... Y ahí le tienen con toda su carota: aún no ha aprendido a multiplicar por tres.
- CAMPILLO. ¡Qué vergüenza!...
- TADEO. (*A FLORENTINA.*) ¡Maestra, que sí que sé!... ¡Tres por cinco... veintidós! Y me llevo diez.
- FLORENTINA. ¡Te llevas diez días con la misma lección!... Mal, Tadeo... Te voy a suspender...
- ESTEBAN. (*A FLORENTINA.*) Se ha impuesto usted una labor gigante... Convertirse en profesora de Mariña y del pollo...
- TADEO. Sí, señor; y a mucha honra. Y si Florentina se empeña, aún haré el bachillerato.
- CAMPILLO. (*A TADEO.*) ¿Pensarás vivir cien años?... ¡Ja!... ¡Ja!...
- ESTEBAN. (*A FLORENTINA.*) ¿Y en dónde está el enfermo?
- FLORENTINA. En el comedor. Pasen ustedes. Le acompañan mi tía y don Mauricio.
- CAMPILLO. (*Con desagrado.*) ¿Don Mauricio también?
- ESTEBAN. (*A TADEO y CAMPILLO.*) Entrad vosotros... Ahora voy.
- TADEO. Muy bien, señor contable. ¡De cabeza al comedero!
- FLORENTINA. Al comedor, Tadeo.

- TADEO. Es lo mismo, profesora.
Mutis CAMPILLO y TADEO, segunda izquierda.
- ESTEBAN. Perdone, Florentina, que haya buscado la ocasión de hablar a solas.
- FLORENTINA. *(Ingenuamente.)* ¿Va a pedirme relaciones?... ¡Me ruborizo!... ¡Como es la primera vez!
- ESTEBAN. Tengo algo muy serio que decirle.
- FLORENTINA. ¿Y lo de las relaciones no es serio? ¡Pues me he lucido!... ¡Plancha tres mil veinticuatro!... ¡Al oído!... Diga el locutor.
- ESTEBAN. Sé quién es su tío para usted y la gran simpatía que nos une me obliga a manifestarle que don Virgilio corre un grave peligro.
- FLORENTINA. ¡Amos, ande!... ¡Y lo dice tan serio! Si lo de mi tío es un ligero resfriado y, sobre todo, cansancio moral y físico. Me lo dijo el doctor en confianza.
- ESTEBAN. No me refiero a su salud.
- FLORENTINA. *(Un poco asustada.)* ¿A qué, entonces?
- ESTEBAN. A su situación económica y social.
- FLORENTINA. ¿Cómo?
- ESTEBAN. Sospecho que algo muy tenebroso envuelve a la honradez comercial de don Virgilio.
- FLORENTINA. Por culpa de su hijo, ¿verdad?
- ESTEBAN. Narciso nada tiene que ver en este asunto.
- FLORENTINA. ¿Puede tener la culpa... don Mauricio?
- ESTEBAN. *(Después de titubear.)* Sí. Debo decirlo aunque la acusación me perjudique.
- FLORENTINA. ¡Reviente de una vez, Esteban!
- ESTEBAN. Zambrano se ha propuesto ganar mucho dinero...
- FLORENTINA. ¿En el almacén?
- ESTEBAN. En lo que sea... Y para ello no sólo compromete su capital y su nombre, sino que arrastra hacia el peligro a su socio.
- FLORENTINA. ¿Y lo ignora mi tío?
- ESTEBAN. No lo sé. Pero es tan bueno y tan débil, que temo que en un soplo de avaricia le ciegue y manche su crédito y su firma.
- FLORENTINA. ¿Y qué hace Zambrano?... ¿Con qué puede enriquecerse en estos tiempos?
- ESTEBAN. Con el hambre del humilde, que sufre resignadamente todos los sacrificios que nos impone la guerra.
- FLORENTINA. *(Aterrada.)* ¡Oh!... ¿Especula?...
- ESTEBAN. En gran escala. He visto en el almacén cosas desagradables. Son demasiadas cajas con botones de nácar y plomos para vestido de señora.
- FLORENTINA. *(Nerviosilla.)* Sí, sí... Comprendo... Pesan excesivamente...
- ESTEBAN. Exacto. Es un compromiso para todos.
- FLORENTINA. Ya, ya... Claro... Pueden descubrirlo...
- ESTEBAN. Naturalmente. Y figúrese usted...
- FLORENTINA. ¿Iría mi tío a la cárcel?

- ESTEBAN. ¡Y nosotros también!...
- FLORENTINA. No, no... ¡Eso no puede ser!... ¡Mi tío a la cárcel!... ¡De ninguna mane!... ¡Imposible!... ¡Mi tío es bueno!... Usted sabe que mi tío es bueno...
- ESTEBAN. Nadie lo duda.
- FLORENTINA. *(Llorando.)* ¡Padrino de mi alma!... ¡Qué desgracia si fueras a la cárcel!... *(Transición. Cesando de llorar en seco.)* ¿No podían encerrar a mi tía?...
- ESTEBAN. Quizá sea ella más culpable que él.
- FLORENTINA. ¡Ea!... Le voy a enterar de todo.
- ESTEBAN. *(Deteniéndola.)* ¡Cuidado!... Estando don Mauricio sería violento...
- FLORENTINA. *(Con rabia.)* ¡Qué más da!...
- ESTEBAN. Piense que su tío está delicado...
- FLORENTINA. *(Frenando su impulso.)* Es verdad... Sería peor... *(Con firmeza.)* ¡Esto corre de mi cuenta!
- ESTEBAN. Mi deber era prevenirle, y lo he cumplido.
- FLORENTINA. Gracias. Cuento con su ayuda, Esteban.
Asiente ESTEBAN con un gesto y hace mutis por segunda izquierda.
- TONINA. *(Fuera.)* ¡Pasad!... ¡Pasad!...
Se oyen voces y risas.
- FLORENTINA. ¡Ya llegó la invasión de los cotillas! ¡Hay que ahuecar!...
Mutis primera izquierda.
De la calle, TONINA, LOTO, ELENA, BERNIZA y ASDRÚBAL, tipo anguloso y enclenque.
- LOTO. *(Dejándose caer en el diván.)* ¡Estoy cansadísima!... ¡Qué aburrimiento!... ¡Qué vida!...
- TONINA. ¡Ni merendar nos dejan!... ¡Es un asco!
Pulsa un timbre.
- LOTO. ¡Estamos en plan ostra!
- TONINA. Siéntate, Berniza.
- BERNIZA. *(Obedeciendo.)* Gracias.
- TONINA. Y tú también, Asdrúbal. Toma asiento.
- ASDRÚBAL. *(Seco.)* Se agradece, Tonina. Prefiero estar de pie.
- TONINA. Como tú quieras. *(A todos.)* Estáis en vuestra casa.
Por izquierda, MARIÍNA.
- MARIÍNA. ¿Mándeme la señorita?...
- TONINA. Espera, Mariína. *(A los amigos.)* ¿Qué queréis tomar?... En confianza. Aquí hay de todo.
- BERNIZA. ¿Tenéis azúcar?
- TONINA. No ha faltado en nuestra casa.
- BERNIZA. ¿Huevos?...
- TONINA. De la huerta los traen todos los días.
- BERNIZA. *(Muy solemne, a MARIÍNA.)* Un par de los más obesos, batidos con un poco de Jerez.
- MARIÍNA. Sí, señorito.
- TONINA. *(A ASDRÚBAL.)* ¿Y tú, guerrero fallido?

- ASDRÚBAL. Gracias, no tomo nada.
- BERNIZA. (A MARIÍNA, por ASDRÚBAL.) Ya que éste no toma nada, agrégume dos lonchitas de jamón... (A TONINA.) Tenéis jamón, ¿no?...
- TONINA. Riquísimo.
- BERNIZA. (A MARIÍNA.) En vez de dos lonchitas, que sean cuatro.
- MARIÍNA. Sí, señorito.
- TONINA. ¿Y tú, Loto?
- LOTO. ¿Whisky?
- TONINA. «Caballo blanco».
- LOTO. Aunque sea negro.
- ASDRÚBAL. (Por LOTO.) Galopa igual.
- TONINA. (A MARIÍNA.) Y para mí, coñac Domecq y galletas.
- MARIÍNA. Sí, señorita.
- TONINA. Y cigarrillos.
- MARIÍNA. Sí, señorita.
- TONINA. (A ELENA.) Ayúdale a Mariína.
- ELENA. (Humilde.) Mi hermana le ayudará.
- TONINA. (Despótica.) ¡Tu hermana!... ¡Siempre tu hermana!... ¡Y tú también!... ¡En seguida!... ¡No haces más que disgustarme!...
- ELENA. (Siempre con humildad.) No, no... Como tú quieras... Ya voy.
- MARIÍNA. (A ELENA.) No se moleste la señorita... Prepárolo yo... En un santiamén les serviré.
- ELENA. Gracias, Mariína; pero yo te ayudo... vamos.
Sale primera izquierda.
- MARIÍNA. (A BERNIZA.) ¿Cuántas lonchitas díjome el señorín?
- BERNIZA. Seis.
- MARIÍNA. Ocho le traigo.
- BERNIZA. ¡Pseeeh!... Si usted se empeña...
- MARIÍNA. Vengo en seguida. (Inicia el mutis.) En un santiamén... (A BERNIZA.) ¿No se enfadará el señorín si en vez de ocho sírvole diez lonchitas?
- ASDRÚBAL. ¡Como si le sirve el jamón entero!...
- TONINA. Anda, Mariína. Date prisa. Tenemos mucho apetito...
- MARIÍNA. Ya estoy de vuelta. En un santiamén lo traigo.
Vase primera izquierda.
- BERNIZA. ¡Me conmueve!...
- TONINA. ¿La Mariína?...
- BERNIZA. No... ¡Tener unos amigos que no carecen de nada!... ¡Azúcar, huevos, jamón... y hasta coñac Domecq!... ¿Cómo os las componéis?
- TONINA. Combinaciones de mamá.
- BERNIZA. Me gustaría conocerlas.

- TONINA. *(Riendo.)* Eso es lo que ella dice su gran «secreto de guerra». *(Transición.)* Pero Asdrúbal, ¡siéntate!...
- ASDRÚBAL. Perdóname, Tonina. Prefiero estar de pie. ¡No me canso nunca!
- LOTO. Como los buenos guerreros...
- BERNIZA. ¡Igual que su tocayo, el famoso general cartaginés, quiere morir batallando!...
- LOTO. No sirve para la guerra. Lo han rechazado.
- TONINA. ¿A ti?
- ASDRÚBAL. *(Apesadumbrado.)* No me quieren, Tonina. ¡No me quieren!
- LOTO. Lo han dado por inútil.
- TONINA. ¿Cómo?
- BERNIZA. Es increíble. ¡Con el nombre epopéyico de Asdrúbal!...
- LOTO. *(A TONINA.)* ¡Figúrate la perspectiva si me caso con él!...
- BERNIZA. Pero... ¿Inútil total?
- LOTO. ¡Total!
- ASDRÚBAL. ¡Cuidado!... Inútil para la guerra.
- BERNIZA. De todas formas, si quiere aceptar el sabio consejo de un amigo, no se case.
- ASDRÚBAL. ¿Por qué?
- BERNIZA. No sé... ¡Pesimismo!... ¡Es mi teoría! El «Pesimismo fundamental» es la consecuencia lógica del ostracismo mandibulario y cacuménico. Origina una parábola centrífuga y determina una erosión en las tirapatracas camelísticas y recauchutadas. ¡Soy un hacha en la materia!
- LOTO. Tal vez tenga razón...
- TONINA. Seguro. ¡Cuando él lo dice!...
- BERNIZA. Yo miro a una persona, toco un objeto u observo cualquier detalle, y al momento descubro el pesimismo.
- ASDRÚBAL. Entonces ya sé por qué escapó precipitadamente por la puerta falsa cuando estábamos en Wodka. Aquello también era pesimismo.
- BERNIZA. Exactamente. Cuando vi aterrizar «El Canguro» a las puertas del café y a los soldaditos pedir las Cartas de Trabajo me dije: «¡Tate! ¡Hay que ahuecar!»
- ASDRÚBAL. ¡Pesimismo!
- LOTO. ¡Como que metían en «El Canguro» a los que no poseen la dichosa carta!...
- TONINA. Por su culpa, nuestros amigos de «peña» se llevan cada disgusto...
- BERNIZA. Lo que justifica mi salida. Dar la voz de alarma a algunos camaradas que no la poseen. Yo tampoco la tengo, por supuesto.
- ASDRÚBAL. ¡Vaguismo!
- LOTO. *(A TONINA por BERNIZA.)* ¡Es un talento!
- TONINA. ¡Un sabio!...
- De la calle NARCISO. Viene nervioso, demudado. Casi no puede hablar. Tal es su pánico.*
- NARCISO. ¡Agua!... ¡Dadme un poco de agua!

- TONINA. ¿Qué te pasa?
- LOTO. ¿Qué te ocurre?
- NARCISO. ¡El...!
- BERNIZA. ¿Algo grave?...
- NARCISO. ¡El...!
- ASDRÚBAL. ¿El momento?... ¿La guerra?...
- NARCISO. ¿Qué me importa a mí la guerra? (*Aterrado.*) ¡Algo más serio!... ¡Una cosa que me ha llenado de pesimismo!
- BERNIZA. ¡Ya sé! ¡«El Canguro»!
- NARCISO. ¡«El Canguro», ilustre Berniza!... ¡«El Canguro»!... ¡Qué momento de angustia pasé en Wodka!... ¡Me veía en las trincheras, con el pico y la pala!... ¡Pero pude escapar por la puerta falsa!...
- BERNIZA. ¡Aquella puertecita es símbolo de optimismo!...
- NARCISO. Y todo por buscaros...
- LOTO. ¿Pero llegaron a molestarte?...
- TONINA. ¿Te pidieron la documentación?...
- NARCISO. ¡Ya os he dicho que me libré por puertas!... ¡Que manera de cargar hombres en el vientre de ese camión tan chato y tan antipático!...
- BERNIZA. ¡Cuánto pesimismo encierran en su vientre los canguros, aunque sean con ruedas y con soldados!
- NARCISO. (*Volviendo a su nerviosismo.*) Perdonad... Me dura el susto... Soy con vosotros... ¡Estoy que me ahogo!
- Inicia el mutis por segunda izquierda, a tiempo que entra ELENA, por primera izquierda.*
- ELENA. ¿Qué te pasa, Narciso?... ¡Estás demudado!...
- NARCISO. ¡La cosa no ha sido para menos, primita!... ¡Ya te contaré!... (*A los demás.*) ¡O contadle vosotros!... ¡Estoy que me ahogo!...
- Mutis por segunda izquierda.*
- ELENA. (*A ASDRÚBAL, por NARCISO.*) ¿Qué le ha ocurrido?...
- ASDRÚBAL. (*Con amargura.*) ¡Que palideció al ver la misma cosa que a mí me enrojeció de vergüenza!... ¡Ni para eso sirvo!
- ELENA. ¡No comprendo, Asdrúbal!... (*A BERNIZA.*) ¿Qué ha sido?
- BERNIZA. (*Después de una pausa.*) «El Canguro».
- ELENA. ¿Y qué es eso?... Sigo sin comprender.
- TONINA. ¡Qué torpe!... ¡El camión, tonta!... El camión que hemos visto a la puerta de Wodka.
- ELENA. ¡Ah!... Ya, sí... El de los vagos...
- TONINA. (*Remedándola, con burla.*) El de los vagos... ¿Y por qué vienes sin lo que te mande?
- ELENA. Lo está preparando mi hermana.
- TONINA. ¡Te dije que lo preparases tú!

- ELENA. Florentina no me dejó. Ya lo trae.
- TONINA. Sabes que con ella no quiero nada. Estás a mi servicio y tu obligación es hacer lo que te mando.
- ELENA. *(Humilde.)* Lo sé.
- TONINA. ¡No faltaba más! *(A sus amigos, por ELENA.)* Manda y dispone, pero ella no hace nada. Todavía se cree en sus mejores tiempos de Madrid.
- ELENA. ¡No me los recuerdes, Tonina!... Te lo suplico... Hago lo que buenamente puedo... Tú, en mi lugar...
- TONINA. Yo, en tu lugar, no olvidaría el papel que te asignó mamá: mi señorita de compañía.
- ELENA. Lo sé... ¡No me humilles más, Tonina!
- ASDRÚBAL. *(A TONINA, por ELENA.)* Discúlpala. No es para tanto.
- TONINA. ¿No ha de ser?... Nunca vi un par de desagradecidas mayor que estas hermanitas. ¡Como si casas como la mía se encontraran fácilmente! *(A BERNIZA y LOTO.)* ¿No es cierto, amigos?... *(Aquéllos asienten con la cabeza.)* A ésta le doy mis zapatos, mis medias, casi nuevas, mis vestidos en buen uso. Lo que lleva encima es mío...
- ELENA. Y te lo agradezco mucho. Lo nuestro se perdió todo... *(En súplica.)* Pero... ¡No me humilles más!
- TONINA. ¿Ves cómo aún le queda orgullo?... Claro que tiene un fundamento... *(Con acento de burla.)* ¡Le ha salido un protector!
- LOTO. ¿Tu padre?...
- TONINA. ¡Otro, otro!... ¡Mi hermano!...
- LOTO. ¡Ah!... Vamos...
- TONINA. ¡Y ella dejándose querer!... ¿Será infeliz?...
- ELENA. *(Sin poderse contener, rompe en un llanto.)* ¡No me humilles más, Tonina!... ¡No me humilles más!
- Vase segunda derecha.*
- TONINA. *(Por ELENA.)* Todo lo arregla llorando.
Entra NARCISO segunda izquierda.
- NARCISO. Estoy algo más calmado.
- BERNIZA. ¿Pasó el susto?
- NARCISO. Sí.
- BERNIZA. Hasta la otra.
- NARCISO. ¡Lo que es a mí, no me pescan en el café!... ¡No vuelvo más en esta temporada!
- BERNIZA. Ni nosotros.
- TONINA. Haremos la tertulia en el saloncillo y merendaremos en casa.
- BERNIZA. ¡Formidable!... ¡Aquí tenemos de todo!
- LOTO. ¡Aprobado!
- NARCISO. *(A TONINA.)* ¿Y Elena?
- TONINA. Al saloncillo se fue. Cada día está más insoportable.

- NARCISO. ¿Habéis regañado?
TONINA. No hace lo que le mando.
NARCISO. ¿Y la hiciste llorar, como siempre?
TONINA. Eso lo hace muy bien. Llorar es su fuerte.
NARCISO. Y tu flaco es martirizarla.
TONINA. ¡Ya salió el defensor! (A LOTO.) ¿Te das cuenta?
LOTO. ¡No te conocía en ese plan!... ¡Estás imponente!
NARCISO. Perdonad un momento.
Sale en busca de ELENA.
BERNIZA. (Por ELENA y NARCISO.) ¡Pesimismo!
ASDRÚBAL. (Con cierta emoción.) Yo también me retiro.
TONINA. ¿Y eso tan de repente?
ASDRÚBAL. Me siento indispuerto.
LOTO. (Casi agresiva a ASDRÚBAL.) ¿Y me vas a dejar ir sola a casa?
ASDRÚBAL. Sí... (Irónico.) Tú, lo mismo que Tonina, podéis ir solas a cualquier parte.
TONINA. ¿Eh?...
LOTO. ¿Por qué dices eso, imbécil?...
ASDRÚBAL. Por nada... Me ha emocionado la escena que presencié hace un momento... Ya me conoces...
LOTO. Sí, hijo sí... ¡Eres un sentimental! (A TONINA por ASDRÚBAL.) ¡Otro defensor de Elenal...
TONINA. (A ASDRÚBAL.) ¿También tú?...
ASDRÚBAL. Perdón, Tonina. Es que todo me da lástima... ¡Y más una mujer evacuada!
LOTO. ¡No te pongas cursi, Asdrúbal!... ¡Me estoy convenciendo de que eres un hombre verdaderamente inútil!
ASDRÚBAL. ¡Inútil total!... Tan inútil, ¡que soy todo corazón!... Y esto no sirve ni para la guerra... ni para el matrimonio. (Transición.) ¡Buenas tardes!
Mutis rápido último término derecha.
LOTO. ¡Habrá idiota!...
TONINA. No comprendo a tu novio, chica...
LOTO. Un histérico romántico. (A BERNIZA por ASDRÚBAL.) ¿Qué opinas de su actitud?...
BERNIZA. ¡Mucho optimismo!... Olfateo que algo agradable nos espera.
Diciendo esto BERNIZA entra FLORENTINA por primera izquierda, empujando una mesa-carrito de té.
FLORENTINA. ¡La merienda! (Llega hasta ellos.) ¿Para qué enfermito es este medio kilo de jamón?
BERNIZA. ¿Medio kilo?
FLORENTINA. ¡A ver!... ¿Es para usted, verdad?... ¡Me lo figuré!... ¡Tiene una cara de gazuza con retraso!...
TONINA. (Reprochándola.) ¡Florentina!
FLORENTINA. ¡Servidora!... ¿Desea algo la señorita?
BERNIZA. Déjala. Me hace mucha gracia.

- FLORENTINA. *(Por el jamón.)* ¡Porque le traigo quinientos gramos de optimismo!... ¡Nos ha fastidiado el pesimista!...
- LOTO. ¡Eres muy descarada!
- FLORENTINA. A todo hay quien gane. *(A BERNIZA.)* Acérquese a la mesa el ilustre hombre de ciencia... ¡Es la hora de la meditación!
- BERNIZA. Cierto. Nada hace meditar como una buena mesa.
- FLORENTINA. *(A TONINA.)* ¿Para qué boxeador es este whisky?
- TONINA. No te interesa. Vete. Nosotras nos serviremos.
- FLORENTINA. No... Eso sí que no. ¿Cuál es mi obligación?
- TONINA. Romper la vajilla. Tienes las manos de barro.
- FLORENTINA. Así nos hizo Dios. ¿Sirvo a los señoritos?
- TONINA. Te he dicho que no. Yo serviré.
- FLORENTINA. ¡Amos, anda!... ¿Tú esquirola?
- LOTO. ¡Es terrible esta chiquilla!
- TONINA. ¡Me pone nerviosa!
- FLORENTINA. También tenemos tila. ¿La sirvo?
- TONINA. ¡Oh!... Insoportable.
- BERNIZA. *(Por FLORENTINA.)* ¡A mí me es simpaticuísima!
- FLORENTINA. *(Ingenua.)* ¡Muchas gracias!
- BERNIZA. ¡Y muy guapa!
- FLORENTINA. Favor que usted me hace.
- BERNIZA. *(A tiempo que toma un trozo de jamón.)* En términos callejeros, es lo que se dice jamón serrano.
- FLORENTINA. *(Quitándole el jamón de las manos.)* No, hombre... Si es de Avilés... ¡Ansioso!... ¡Primero las señoras, camarada!
Deja el jamón en el plato.
- BERNIZA. Es verdad... ¡Perdón, amigas!
Dirige una mirada furibunda a FLORENTINA.
- FLORENTINA. Bueno. ¿Sirvo a las madamas?...
- TONINA. *(Disgustadísima.)* ¡No, entrometida!
- FLORENTINA. ¿No?
- TONINA. No.
- FLORENTINA. ¿Qué no?
- TONINA. ¡Que no!
- FLORENTINA. *(Llevándose el carrito.)* Pues, ¡abur!... ¡Vía libre!... ¡Pi!... ¡Pi!... ¡Piiii!...
- BERNIZA. *(Al ver que se marcha el jamón.)* ¡Pesimismo!... ¡Un signo de pesimismo!...
- FLORENTINA. *(Iniciando el mutis.)* ¡Como que no lo prueba!... ¡Ya lo ve!
- TONINA. *(Yendo hacia ella, excitadísima.)* Ven aquí... ¡Mal educada!...
- FLORENTINA. *(Haciéndole frente.)* Sin insultos, ¿eh?...

Entra doña AMPARO por segunda izquierda.

AMPARO. ¿Qué sucede?

TONINA. ¡La evacuada!... ¡Mírala!... ¡Se lleva nuestra merienda!... ¡Es una fresca!

FLORENTINA. ¡Menos que tú, sí, señora!... ¿Qué pasa?

AMPARO. ¡A callar!

FLORENTINA. Es que su hija...

AMPARO. ¡A callar y a obedecer!... Sírvales.

TONINA. Aquí, no. En el saloncillo, mamá.

AMPARO. *(Enérgica, a FLORENTINA.)* ¡Pues, hale, tú!... ¡Al saloncillo! Lleva eso allí.

FLORENTINA. *(Obedeciendo con rabieta.)* ¡Muy bien, señora!... ¡Muy bien!... *(Haciendo mutis por segunda derecha. [Aparte].)* Que estos no meriendan, lo sabe... hasta Mustafá Pachá!... ¡Antes descarrilo!...

Sale con el carrito.

TONINA. Vamos, Berniza. Y tú, Loto.

Al ir a salir éstos se oye fuera un formidable estrépito de botellas, lo que hace suponer que FLORENTINA cumplió su palabra de «descarrilar».

(Por el estrépito.) ¿Lo ves, mamá?...

LOTO. ¡Vaya cisco!...

TONINA. *(Que se ha asomado, con BERNIZA, al saloncillo, dice a doña AMPARO.)* ¡Ya hizo una de las suyas!... ¡Todo al suelo!...

BERNIZA. ¡Todo! ¡Hasta el jamón!... ¡Cuánto pesimismo!

Mutis de TONINA y BERNIZA al saloncillo.

AMPARO. ¡Dichosas evacuadas!... ¡Qué harta estoy!...

LOTO. ¡Es que no han tenido suerte!... ¡En mi casa lo de los evacuados ha sido una solución!

AMPARO. No lo comprendo, Loto.

LOTO. Mamá dijo: «¡Antes de que me exploten, a explotar!».

AMPARO. ¿Y lo ha conseguido?

LOTO. ¡Ha hecho un negocio estupendo!

AMPARO. ¿Cómo?

LOTO. Nuestra casa es grande y hemos alquilado habitaciones. Como ahora sólo pagamos quince duros, del alquiler a los evacuados recogemos más de seiscientas pesetas.

AMPARO. Un buen asunto.

LOTO. ¡Colosal!... Ya sabe cómo vivíamos al principio... Muy mal...

AMPARO. Sí... Con aquellas rentitas que se perdieron.

LOTO. ¡Pues gracias a los evacuados hemos vuelto a vivir bien!... ¡No es sólo el alquiler, sino lo que se les «pesca»! «Este asunto es un limón –dice mamá–; hay que saber exprimirlo».

AMPARO. A nosotros nos ha salido un grano con las niñas.

- LOTO. Aprendan, aprendan como nosotras... Hermanos sí... ¡Primos, nunca! (*Haciendo mutis, segunda derecha.*) Con permiso, doña Amparo.
Por segunda izquierda, ESTEBAN, TADEO y CAMPILLO.
- ESTEBAN. Nos retiramos, señora.
- TADEO. Ese enfermo va que chuta...
- AMPARO. Agradecida al interés. (*A CAMPILLO.*) ¿Cómo va con su evacuado?
- CAMPILLO. ¿Que cómo voy?... ¡Camino del Hospital o de la cárcel!...
- TADEO. ¡Va a haber «hule» cualquier día!
- AMPARO. Despídalo usted.
- CAMPILLO. Esa es mi resolución heroica. ¡Ponerle las maletas en la calle!
- AMPARO. ¿Y cómo fue admitirle? ¿Quién se lo recomendó?
- CAMPILLO. ¡La fatalidad, señora!... Una conversación de café, unos pitillos de hierbas y un evacuado que pide un favor sin importancia: guardarle en mi casa unos libros.
- AMPARO. Poco era.
- ESTEBAN. Para empezar, muy poco.
- TADEO. Pero ahora viene lo bueno, ¡Ji, ji, ji!...
- CAMPILLO. A los dos días vino a mi casa con dos maletas. «Allí estaban más seguras que en la pensión», me decía.
- AMPARO. Evidente.
- TADEO. Ahora viene lo bueno. ¡Ji, ji, ji!...
- CAMPILLO. A los cuatro o cinco días...
- TADEO. Como quería tanto a sus libros y a sus maletas no quiso separarse de ellos... ¡Ji, ji, ji!...
- AMPARO. ¿Se quedó en su casa?
- CAMPILLO. ¡Hasta hoy que me he propuesto dejarlo a la intemperie! Al principio se conformaba con no dar. Pero ahora no está contento más que llevándose lo que puede... ¡Hasta un paraguas me robó!
- TADEO. ¡Buen timo que te dio con las maletas! ¡Ji, ji, ji!...
- CAMPILLO. Es su truco. Me he enterado que de igual forma se coló en otras casas. De todas salió mal.
- ESTEBAN. ¡Lo lamentable es que, por tipos así, paguen otros culpas que no cometieron!
- AMPARO. Con personas semejantes sobran las contemplaciones. ¡Duro y a la calle como un perro!
- CAMPILLO. Eso pienso hacer.
- TADEO. Si usted no manda nada, doña Amparo, nos marchamos.
- AMPARO. Nada. Muchas gracias.
- CAMPILLO. Buenas noches.
Vanse TADEO y CAMPILLO. Y cuando ESTEBAN va a salir le dice doña AMPARO, reteniéndole
- AMPARO. ¿Te vas también, Esteban?
- ESTEBAN. Sí, señora.

- AMPARO. ¿Sin ver a los muchachos?... Están en el saloncillo.
- ESTEBAN. Déles mis recuerdos.
- AMPARO. Les haces un desaire si no vas. Ellos te aprecian mucho. No han visto en ti jamás al hijo del portero de la casa.
- ESTEBAN. Es para mí un orgullo.
- AMPARO. Desde luego. Saliste listo... Estudiaste..., y a fuerza de sacrificios conseguiste tu título.
- ESTEBAN. No me conformo todavía. ¡Seré más!
- AMPARO. Con «Zambrano y Canet» tienes un porvenir...
- ESTEBAN. No está mal para empezar.
- AMPARO. ¿Entras?
Al saloncillo.
- ESTEBAN Si ha de tomarlo a mal...
- AMPARO. Tonina se enfadaría...
- ESTEBAN. ¿Y por qué?... Me imagino que, como siempre, está bien acompañada...
- AMPARO. Se alegra mucho de verte.
- ESTEBAN. Si es así, yo a obedecer.
Al iniciar su mutis por segunda derecha entran por allí muy amartelados ELENA y NARCISO, que cruzan junto a él sin reparar en su presencia. Sale ESTEBAN, y cuando la joven pareja va a hacer mutis por último término izquierda, la voz autoritaria de doña AMPARO les vuelve a la realidad.
- AMPARO. ¡Narciso!... ¡Hijo!
- NARCISO. *(Volviéndose, con sobresalto.)* ¿Qué pasa...? ¡Me has asustado!...
- AMPARO. *(Dura y enérgica.)* Nada... No me digas nada... ¡Vuelve al saloncillo con Tonina y los amigos!
- NARCISO. Pero si...
- AMPARO. ¡Que te calles y obedece!... Tu sitio es allí. ¡Con los tuyos!... *(Indicándole el saloncillo, hacia donde él, intimidado hace mutis lentamente.)* Tengo que hablar con Elena. *(Pausa. Al quedar sola con ella, le dice con duro acento.)* ¡Sea la última vez que te vea de ese modo con Narciso!
- ELENA. *(Con avergonzada humildad.)* Tía, si yo...
- AMPARO. No te disculpes. Eres una gatita y te conozco. ¡Sabes lo que te haces... pero no has de conseguirlo!
- ELENA. Le suplico que no me avergüence usted...
- AMPARO. La que debías de avergonzarte eres tú... No te resignas con tu pobreza actual y pretendes volver a ser lo que fuiste a costa mía...
- ELENA. ¡Calle, tía!... ¡Qué vergüenza!...
- AMPARO. Y lo que, seguramente, te has propuesto no será. Más o menos distinguida, tú eres aquí ¡una criada!
Diciendo estas palabras ha entrado FLORENTINA, llevando recogidos en su delantal los tiestos que hizo añicos en el saloncillo, y rápida responde a las frases de su tía a ELENA.

- FLORENTINA. ¡Y yo también!... ¡Qué más da!...
- AMPARO. (Por ELENA.) Hablo con ella. Tú te callas, (Duramente a ELENA.) Las criadas no ponen jamás los ojos en sus señores. ¿Lo sabes?
- ELENA. (Humillada y vencida.) Sí, tía.
- AMPARO. De forma que si te has hecho alguna ilusión, no olvides que mi Narciso está para ti muy alto...
- FLORENTINA. (Con guasa.) ¿Se ha metido aviador?
- AMPARO. ¡Que te calles he dicho!... ¡No quiero nada con críos!
- FLORENTINA. ¿Crío yo?... Pues... ¡Se acabó!... (Le cae con estrépito cuanto lleva en el delantalillo y se pone en jarras.) ¡Me toca a mí!... ¡Escúcheme!
- AMPARO. No hace falta.
Intenta hacer mutis.
- FLORENTINA. (Deteniéndola.) Yo hablo... y usted me atiende. Puede guardar a su hijo donde quiera... ¡Si Narciso está muy alto para mi hermana, mi hermana está mucho más alta para su hijo!
- ELENA. (Temerosa.) ¡Calla, Florentina!
- FLORENTINA. ¡No quiero! (A AMPARO, exaltándose.) Porque mi hermana es decente y su hijo es un golfo... ¿Lo oye usted?... ¡Un tipo que no sirve más que para tirar el dinero que nunca supo ganar!
- AMPARO. Lo tengo yo para él.
- FLORENTINA. Pues se lo gasta en ricino.
- AMPARO. ¡Mal educada!
- FLORENTINA. ¡Mal educada, sí!... ¡Con quien ofende!... (Por ELENA.) ¡Usted humilla a esta pobre como algo despreciable, tan despreciable como su propio hijo, y eso yo no lo consiento!... (Transición.) ¡He dicho!
- ELENA. (Abrazando, emocionada, a FLORENTINA.) ¡Hermanita!...
- Pausa.*
- FLORENTINA. (Haciendo pucheros.) ¡No llores, tonta!... ¡Vale más una lágrima tuya que todo el dinero del mundo!... ¡Ánimo!... ¿No me tienes a mí? ¡Yo soy tu hermana y tu madre!... (A doña AMPARO, por ELENA.) Y si su hijo pidiera la mano de esta criatura –que no se atreverá–, se le negaré yo. ¡Por algo soy su responsable!...
- Entran VIRGILIO y MAURICIO por segunda izquierda.*
- VIRGILIO. (Dándose cuenta del momento.) ¿Qué os ocurre?
- AMPARO. (Por FLORENTINA.) Ya lo ves... Hecha una fierecilla porque le dije a Elena que no flirtee con Narciso. No es hombre para ella.
- FLORENTINA. ¡Ni para nadie tampoco!
- ELENA. ¡Calla, Florentina!...
- MAURICIO. (En plan pacificador.) Calma... Mucha calma...
- AMPARO. ¿Cuándo se ha visto que una criada se fije en su señorito?
- VIRGILIO. (Enérgico.) ¡Cuándo el señorito no respeta a la criada!

- FLORENTINA. (A VIRGILIO.) ¡Chócala, padrino! ¡Has estao bueno!
- AMPARO. Lo grande es que las tolero, y a mí ni para criada me sirven.
- VIRGILIO. (Fuera de sí.) ¡A ti, no! Tienes razón. Pero desde mañana me van a servir a mí... ¡Ya verás cómo me sirven!
- MAURICIO. No se exciten ustedes.
- FLORENTINA. ¿Cómo no voy a excitarme si estoy harta de...
- AMPARO. ¿De qué?...
- FLORENTINA. (Por doña AMPARO y MAURICIO.) De... todo. ¡De ver cosas que no me gustan! (En el saloncillo se oyen las risas de la reunión juvenil.) ¡De sus hijos y sus amigos que ahí están, riéndose de la vida como si nada ocurriese mientras mueren los hombres en los frentes!... ¡De usted, doña Amparo, que no ampara más que lo que le conviene!
- AMPARO. ¿Yo?...
- FLORENTINA. Usted, sí... Que la ciega el egoísmo, y además...
- AMPARO. (Cortando, por la mirada que sorprende en FLORENTINA, como acusándola a ella y [a] MAURICIO). ¿Qué?... ¿Qué vas a decir?
- FLORENTINA. ¡Que no nos quiere!... ¡De ti, padrino, no!... ¡Por ti, la sangre!
Se refugia en sus brazos, besándole.
- MAURICIO. De mí supongo, pequeña...
- FLORENTINA. (Enérgica, dirigiéndose a él.) ¡De usted también!... (En voz baja.) No estoy tonta... ni ciega... No me olvido.
- MAURICIO. (Nervioso, creyendo que va a hablar del momento pasional en que le sorprendió con doña AMPARO.) ¿De qué?... Dilo...
- FLORENTINA. De que antes me dijo: «¡Ya hablaremos algún día!...» Y ahora tengo tanta rabia que soy yo la que le dice: (Cogiéndole de las solapas.) Ya hablaremos algún día... ¿Mañana?... ¿Pasado?... ¡Qué más da!... ¡Pero ya hablaremos, Zambrano!...
- AMPARO. (Mordaz.) ¡Así!... ¡Con la mayor confianza!... ¡Todos somos iguales!...
- FLORENTINA. ¡Quiá!... Se equivoca usted, tía... ¡Que vamos a ser iguales!... Yo nunca... ¡Nunca seré igual que ustedes! ¡Nunca!

T E L Ó N

FIN DEL ACTO SEGUNDO